



“Los Desafíos Religiosos de la Iglesia Católica en Cuba”

Conferencia pronunciada por el Lic. Pbro. Ariel Suárez Jáuregui en el IX Seminario Internacional del Programa de Diálogo con Cuba (Universidad Católica de Eichstätt, Alemania, 18 al 22 de noviembre).

Introducción.

1.- El título de esta Conferencia literalmente asusta. Cuba tiene una Iglesia pequeña y pobre. Somos el país con menos sacerdotes por habitantes en todo el contexto latinoamericano. El porcentaje de católicos practicantes también es reducido si se compara con otros pueblos de la región. La mayoría de esos católicos vive en áreas urbanas. Además, es en los campos diseminados por toda Cuba, las zonas rurales con sus pequeños pueblos o caseríos, donde encontramos a mucha gente que no ha tenido nunca contacto con la Iglesia o dicho contacto ha sido mínimo. La Iglesia en Cuba no tiene colegios, ni universidades, ni puede habitualmente evangelizar a su pueblo a través de los medios masivos de comunicación. Contamos con pocos centros asistenciales para ancianos, enfermos o niños discapacitados y casi todos los que tenemos están en la Arquidiócesis de La Habana. Nuestra historia reciente ha hecho que, al menos, dos generaciones hayan crecido sin referencias explícitas a la cultura y las tradiciones religiosas. Se ha multiplicado el número de los cristianos evangélicos y ha aumentado también la cantidad de personas que profesan religiones sincréticas de origen africano. Muchos católicos bien formados y que han sido agentes de pastoral comprometidos han emigrado a otras tierras y este fenómeno no parece que va a desaparecer. También se van de Cuba cristianos pertenecientes a otras comunidades evangélicas y no practicantes o no creyentes, sobre todo, jóvenes. Estadísticas hechas por la propia Iglesia han revelado que el 75 por ciento de los que componen actualmente las comunidades cristianas católicas llevan menos de diez años en ellas. Un panorama así representa para la Iglesia un desafío enorme.

2.- Antes de entrar a profundizar en nuestro tema, permítaseme clarificar algo desde el punto de vista metodológico. Cuando se me pidió desarrollar este asunto, pensé inmediatamente en que habría otras personas más capaces de hacerlo que yo, con más visión sobre la totalidad de la vida eclesial en Cuba y seguramente con más información al respecto. Una idea que tuve para subsanar esos vacíos míos fue la de ir a buscar los últimos documentos episcopales o del Papa Benedicto XVI que hicieran referencia a nuestra Iglesia, pues allí ciertamente encontraríamos esbozados puntos esenciales sobre los que la Iglesia en Cuba debería trabajar. Desestimé ese camino porque intuí que tenía que hacer mi propio esfuerzo de búsqueda y de reflexión. Lo que han dicho el Papa y nuestros obispos está escrito, es punto obligado de referencias y puede ser consultado cuando se quiera. Me he sentido invitado a ofrecer mi personal contribución. Quiero compartirla con humildad. De aquí se infiere justamente el límite y la posible valía de estas líneas, limitadas porque son el resultado de una experiencia y de una subjetividad. Y tal vez de algún valor por la singularidad e irrepetibilidad de dicha experiencia. ¿Qué nutre, pues, esta experiencia?

3.- Quien les habla es un sacerdote cubano de diez años de sacerdocio. A diferencia de casi la totalidad de los jóvenes sacerdotes de la Cuba actual, yo estoy en la Iglesia desde pequeño, pues nací en un hogar cristiano. Mi padre es católico práctico y mi madre es bautista, los dos muy comprometidos en la vivencia de su fe. Cuando se casaron por la Iglesia en el año 1969 los expulsaron del trabajo por ese motivo. Toda mi familia paterna se marchó del país hacia los Estados Unidos de América en la década de los 80 y quería que mi padre la acompañara. Él le dijo que se quedaba, porque si todos los cristianos abandonaban la Isla, entonces quién evangelizaría a nuestro pueblo. Mi madre lo apoyó en ese empeño. Viví desde niño la fe en una comunidad asistida por religiosas que se dedican al cuidado gratuito de los enfermos durante toda la noche. Los capellanes de esa comunidad eran y son los padres jesuitas. Cursé mis estudios primarios, secundarios y de bachillerato, como todos los cubanos, en las escuelas estatales del barrio e incluso, hice el primer año de licenciatura en Bioquímica en la Universidad de La Habana. No fueron pocos los momentos en los que me sentí discriminado por algunos en razón de mi fe en Jesús; otros, casi siempre como confiándome un secreto, me manifestaban en privado su simpatía y reconocimiento. Su Eminencia el Cardenal Ortega me invitó personalmente a considerar la opción vocacional sacerdotal y me animó a ello. Entré así en el Seminario de La Habana en el año 1991 y allí estudié hasta 1996. Obtuve el bachillerato filosófico en la Universidad Pontificia de México y luego hice los estudios teológicos en la Universidad Gregoriana en Roma, desde el 1996 hasta el 1999. Este último año regresé a Cuba para la ordenación sacerdotal y trabajé en parroquias rurales, en la formación de los seminaristas, en la pastoral juvenil diocesana y en parroquia de ciudad. De 2005 a 2007 el Cardenal volvió a enviarme a Roma para alcanzar la licenciatura en filosofía y tuve la oportunidad de trabajar pastoralmente en una parroquia romana. Desde octubre del 2007 estoy encargado de tres comunidades en la periferia sur de la ciudad y enseñé a los seminaristas diversas materias en el área de filosofía. Este ser y este quehacer que ahora he intentado resumir son las fuentes donde yo he bebido para extraer las siguientes ideas. Sé que me muevo en el ámbito de la fe.

4.- Al esbozar una serie de desafíos religiosos que considero importantes, es obvio que al señalarlos no se quiere decir que sobre ese aspecto no se haya hecho nada o no se esté haciendo. Es seguramente algo que ya trabajamos, pero que descubro insuficiente y que me gustaría trabajáramos más y mejor. Eso tiene de bueno el desafío, señala un problema, pero apunta sobre todo a las vías de solución, al compromiso responsable y de todos, y justo por eso, conmina fundamentalmente a la esperanza.

Principales desafíos.

5.- Un desafío irremplazable para mí es que nuestra Iglesia en Cuba sea cada vez más Iglesia de la Escucha, de la Oración, de la Palabra de Dios. El cubano en general es propenso a hablar, pero le cuesta trabajo escuchar. Y siento muy urgente la necesidad entre nosotros de personas, por así decirlo, "especializadas" en escuchar al otro, escuchar la realidad, escuchar a Dios en los pobres, en su Palabra revelada. La situación de nuestro pueblo en todos los órdenes reclama un discernimiento continuo para buscar lo que Dios quiere para nosotros en cada momento. La oración es, además, la que permite la transformación profunda de las personas, eso que en lenguaje evangélico se llama *conversión* y que tanto reclama una Iglesia prácticamente nueva como la que hoy tenemos. Recuerdo ahora que cuando trabajaba en el Seminario coincidí en el equipo de formadores con el sacerdote chileno Segundo Galilea. Él proponía siempre aumentar el tiempo de oración de los seminaristas y más o menos fundamentaba su petición en argumentos como estos: "la Iglesia en Cuba tiene poca gente, y no está oficialmente presente en la educación de las jóvenes generaciones, no tiene capellanes de hospitales ni militares, no llega a todo el mundo, no ofrece literatura religiosa en abundancia, no anuncia a Cristo por la televisión, son pocas las vocaciones sacerdotales y religiosas. Esas carencias únicamente las suple la oración, para que Dios llegue a donde la Iglesia no llega."Tengo, además, la impresión, de que la Biblia no es un libro suficientemente conocido, amado y seguido por los propios católicos de nuestras comunidades. La *Lectio Divina*, personal y comunitariamente ejercitada, sería un buen camino para nosotros, pero lamentablemente, pocos, poquísimos saben qué se puede hacer con la Sagrada Escritura. Necesitamos también Casas de retiro y mayores posibilidades para hacer ejercicios espirituales. Esto supone igualmente que haya sacerdotes, religiosas o laicos de profunda experiencia de Dios, que sean capaces y estén disponibles para ejercitar el acompañamiento o la dirección espiritual.

6.- Otro desafío grande tiene que ver con la Formación de los laicos y el relevo de los laicos formados. Los laicos son la mayor parte de los miembros que conforman nuestra Iglesia y los que hacen presente el rostro de Jesús día a día, en medio de la cotidianidad del pueblo. De su entusiasmo, su fidelidad y su entrega, la Iglesia en Cuba está orgullosa y agradecida. En manos de los laicos los pastores han puesto muchas cosas valiosas: la Eucaristía para que las lleven a los enfermos, las catequesis de los niños, adolescentes y jóvenes, el catecumenado de los adultos, la economía de casi la totalidad de nuestras parroquias, la animación de la mayor parte de las Casas de Misión en los lugares donde no existe el edificio-templo, la responsabilidad de la Cáritas parroquial en sus múltiples dimensiones de servicio a los más necesitados. Todo eso es estupendo, pero lo propio del laico es su ser "Iglesia en el mundo". Para mucha gente de nuestras comunidades, incluyendo algunos presbíteros, el laico comprometido es el que hace esas funciones al servicio de la comunidad cristiana, pero no me parece que entendamos ni valoremos suficientemente aún el compromiso del laico en otros ámbitos no estrictamente eclesiales, sino "mundanos", como la fábrica, el hospital, el periodismo, la política, el deporte, el vasto campo de las artes, entre otros. Necesitamos laicos activos en las realidades temporales, y que estén bien formados. Algunos, realmente heroicos, los hemos tenido y siguen surgiendo, pero no han sido todo lo que deseáramos y esperamos. Promovemos con más interés un sacristán o una catequista, pero mucho menos a un cristiano con vocación para la economía o la política, desde su fe en Jesús. Y teniendo en cuenta las estadísticas a las que aludía anteriormente, tanto la catequista como el economista católico tienen que poder conocer profundamente su fe y esforzarse por vivir en consecuencia. Dicho lo anterior, reconozco que la ideologización de la sociedad cubana ha ahuyentado unas veces, y excluido otras, a la mayoría de los laicos cristianos que han intentado comprometerse en las realidades públicas. Si hay un solo proyecto social oficial y, por tanto, no existen espacios para las legítimas y respetuosas alternativas, se hace difícil, y en ocasiones nula, la posibilidad real para algunos de ofrecer su contribución, sería y responsable, al entramado social, desde perspectivas diversas.

7.- Dentro del laicado merecen una palabra especial dos realidades particulares: la familia y los jóvenes. Estoy convencido que estos dos sectores de la sociedad y la Iglesia en Cuba han sido los más afectados por los cambios acaecidos entre nosotros en las últimas cinco décadas, teniendo presente, al mismo tiempo, que una mentalidad divorcista y abortista, con cierto influjo social importante, se manifestó en Cuba desde las primeras décadas del siglo XX. Estudiar cuáles han sido estos cambios, sus causas, sus consecuencias, y todos los retos que nos presentan a los creyentes en Jesús de Nazaret, ofrecería argumentos suficientes para varias conferencias, debates o libros. Aquí me limitaré a expresar que la Iglesia tiene el enorme desafío de continuar proponiendo la Buena Noticia de la familia, del amor conyugal fiel y fecundo, de ofrecer Esperanza a los matrimonios y a los jóvenes, escucharlos, dialogar con ellos sin prejuicios ni frases condenatorias, amarlos, acogerlos, bendecirlos, y en todos los casos, animar, estimular los sueños y sus realizaciones, ser canal de misericordia y de ternura, acompañar a todos, pero más a los que se sienten lejos, excluidos y fracasados.

8.- No es menos cierto, y nos lo recuerda ahora el Papa con la celebración de un Año Sacerdotal, que una Iglesia será, en gran medida, lo que sean sus sacerdotes. Quisiera ante todo dar gracias a Dios por los santos obispos y sacerdotes, muchos, que yo he conocido en la vida. De su humildad y espíritu de servicio, de su pobreza, de su fidelidad a Cristo y a Cuba, que les ha costado innumerables sufrimientos, de esa familiaridad en el trato con todos de la que han impregnado las relaciones habituales en la Iglesia cubana, de esa confianza abrahámica en que Dios está siempre con nosotros, de todo eso y más, yo soy eterno deudor agradecido. Pero justo esos pastores que me han precedido me enseñaron que cada tiempo nuevo reclama, en la identidad de la única fe y misión apostólicas, respuestas nuevas y audaces. Por eso pienso que los sacerdotes del presente y del futuro de Cuba no podremos hacer ciertas cosas igual que antes. Y esto es un desafío tremendo que supone conversión y riesgos. Nos exige cambios a los sacerdotes y a los seminaristas de hoy. No en la línea de la oración, de la vida sacramental, del anuncio del Evangelio y del servicio a los pobres, de la coherencia entre lo que predicamos y vivimos... no en lo que siempre ha sido y será propio, esencial al sacerdote. Yo diría que el cambio debe ir en la línea de nuevos acentos, de nuevos modos de concebir el funcionamiento de la parroquia, de nuevas actitudes y concepciones para la pastoral. El mundo actual es otro y nuestros contemporáneos son más sensibles a otros estilos. En ese sentido,

Cuba no es una excepción. No podemos esperar sentados en la sacristía a que la gente llegue hasta el templo, porque eso, de ordinario, no ocurrirá. La parroquia debe ser verdaderamente una comunidad de comunidades, donde se celebra con belleza y alegría la fe, donde se busca a los alejados y se les anuncia a Jesucristo, donde los necesitados y los que sufren encuentran consuelo y ayuda, donde la gente se siente bien, acogida, aceptada y amada. El pastor es, entonces, el que acompaña y no tanto el que manda, el que promueve y anima las responsabilidades de todos, y no el que lo hace y controla todo; quien no centra todo en su persona porque es consciente de que el centro de esa comunidad y del propio sacerdote es el Señor. Por eso, me atrevería a decir que necesitamos un sacerdote no clerical, no autoritario, sino padre, amigo, hermano de sus feligreses y de los otros sacerdotes, en comunión afectiva y efectiva con su obispo. Un sacerdote cercano a la gente y pobre, porque en verdad su riqueza es Dios. Que sea creíble, que no pretenda saber de todo ni tener respuesta para todo, que sepa escuchar, que no se asuste de los que piensen distinto en el ámbito grande de lo opinable. Que sea discreto, misericordioso, plétórico de alegría para que contagie a muchos. Que se sienta parte de una familia que es la Iglesia y que incluye a la vida consagrada, a los diáconos permanentes, a los nuevos movimientos eclesiales, a las distintas asociaciones laicales; una familia que abrace a toda la humanidad. Que valore y estime a todos los miembros de esa familia y los tenga en cuenta para programar y ejecutar la misión pastoral. Un sacerdote que sea ecuménico, abierto, conciliador, hombre de puentes y no de muros, alguien que irradie esperanza y mire con confianza el futuro.

9.- Un nuevo ambiente y una nueva realidad eclesial suponen también una Vida Consagrada renovada. ¡Cuánto debe la Iglesia en Cuba a sus abnegados religiosos y religiosas, que nos enriquecen con sus carismas! ¡Cuánto agradecemos a los misioneros y misioneras que han dejado su patria y su cultura, para venir a compartir nuestra suerte, nuestras tristezas y alegrías, nuestro caminar de Iglesia! El testimonio de su consagración a Cristo, los innumerables servicios que prestan a los pobres, el acompañamiento de tantas familias, jóvenes, enfermos, personas que sufren; la fidelidad callada y anónima, su querer estar en Cuba cuando son tantos los que desean irse, entre otros, son dones hermosos con los que Dios ha bendecido a la Iglesia en nuestro país. Y así, con toda esa admiración y gratitud, creo expresar el sentir del pueblo cristiano cuando le pedimos a la Vida Consagrada que nos sigan dando, sobre todo, la radicalidad evangélica. Necesitamos que el religioso sea religioso y nada más, que la religiosa sea religiosa y nada más, que tengan experiencia de Dios, que nos hablen fundamentalmente de Jesucristo; que todo, absolutamente todo en ellos, nos invite y anime a seguir a Jesucristo; que brillen por su ardor evangélico, que se consuman porque Cristo sea conocido, amado y seguido; que reflejen siempre un intenso amor a la Iglesia. Así aumentará el número y la calidad de las vocaciones religiosas.

10.- La religiosidad popular y su vertiente sincrética con raíces africanas constituye otro desafío para nuestra Iglesia. Me parece que afortunadamente se abre paso entre nosotros la convicción de que la piedad popular no es un elemento negativo, sino una presencia de la fe que necesita purificación, acompañamiento paciente y mucho amor. No se puede negar que hasta hace un siglo y poco más, hubo esclavitud en Cuba. Los esclavos traídos de África llegaron con sus creencias y ritos a nuestra Isla y los conservaron en gran medida bajo el ropaje de lo católico. Imposición de la fe, sacramentalización y evangelización se mezclaron en porcentajes diversos a la hora de transmitir la Buena Noticia de Jesús a aquellos pobres a los que se les obligó bien en contra de su voluntad a dejar su tierra y sus costumbres. Es fuerte el influjo de la cultura ancestral africana en sus descendientes actuales. Lo curioso es que a esas creencias adhieren hoy por snobismo, por ignorancia o por temor, otras personas que no tienen ascendencia africana e incluso, personas con un nivel cultural elevado o medio. Hay que aprovechar positivamente de estos hermanos nuestros su sentido de lo sagrado, el aprecio que ellos tienen por la Eucaristía, el amor a la Virgen y a los santos, el respeto cariñoso al sacerdote y la dimensión trascendente de la vida. De todos estos valores habría que agenciarse para potenciar el encuentro con la persona de Jesús y la vinculación a una moral más alta y exigente, justamente, a la moral evangélica, para que puedan vencer el miedo paralizante que tantas veces acompaña los credos sincréticos, y descubrir a ese Dios Amoroso que se nos ha hecho cercano y amigo en Jesucristo.

11.- Otro aspecto que no me parece suficientemente asumido por nuestra Iglesia Católica es el ecumenismo. Desde hace pocos años se han inaugurado en Cuba dos nuevos templos para las Iglesias Ortodoxas: la griega y la rusa. Y ya en la Introducción he aludido al hecho de que los cristianos evangélicos han crecido en Cuba. Cuando yo era seminarista e iba de pastoral a las zonas rurales, todo el mundo nos llamaba padre, término tradicionalmente utilizado en Latinoamérica para dirigirse al sacerdote católico. En grado considerable me refieren los seminaristas actuales que cuando han hecho similares experiencias pastorales, la gente se ha dirigido a ellos con el apelativo de "pastor", que es como se denominan los líderes evangélicos o protestantes. Esto puede ser un indicador de que si el punto de referencia religioso para muchos campesinos era la Iglesia Católica hace unos años, ahora ya no lo es más. También sabemos que en zonas urbanas, algunas comunidades evangélicas logran aglutinar a muchos jóvenes, mientras las comunidades católicas son mayoritariamente de personas adultas y ancianas; aunque en este punto no se puede establecer una generalización. Si bien es cierto que con algunos pastores de las comunidades evangélicas tenemos buenas relaciones y se ha retomado últimamente con empeño la celebración del Octavario por la unidad de los cristianos, da la impresión de que esas relaciones cordiales y fraternas fueran sólo consentidas entre los líderes, pero ya no entre los fieles; y sólo para esa Semana, no para todo el año. Con pesar constatamos que en muchos grupos de corte pentecostal, cada vez más numerosos, hay un sentimiento anticatólico fuerte y con alguna dosis de agresividad verbal, que no pierden ocasión de inculcar a sus feligreses. Estoy convencido, y no únicamente por mi experiencia familiar, que el ecumenismo es explícita voluntad del Señor, que ha orado para que seamos Uno como condición de credibilidad de Su Evangelio. Este tema del ecumenismo en Cuba también se nos ha hecho difícil por las opciones marcadamente políticas, de tipo partidista, en las que se han implicado algunos líderes evangélicos. La diversidad tan grande de modos de concebir la fe y estructurarla, y la multiplicidad de interpretaciones de la Escritura que tienen nuestros hermanos evangélicos hace también complejo el diálogo

ecuménico. Con todo, no tengo la impresión de que los católicos cubanos en general, experimenten en profundidad todo el drama y el desgarramiento que supone el escándalo de la división de los cristianos.

12.- He dejado para el final de este elenco dos elementos que, siendo desafíos perennes tengo, no obstante, la convicción de que afortunadamente la Iglesia en Cuba los ha hecho suyos y continúa empeñada en ellos: la acción caritativa y la misión. Antes del año 1959 la Iglesia Católica en Cuba tenía un amplio quehacer caritativo que de pronto colapsó por las nuevas circunstancias socio-políticas que se establecieron. Sin embargo, desde la creación de Cáritas en todas las diócesis cubanas hace más de veinte años, hemos podido ir constatando una creciente creatividad de la Iglesia para llegar a los más pobres y necesitados, no como quien da una dádiva o una limosna, sino y sobre todo, como quien promueve, levanta y echa a andar a muchos que estaban postrados. Testimonios elocuentes de ello son las guarderías infantiles, los centros de formación humanística, filosófica y teológica, las escuelas para padres, el acompañamiento especializado a los que padecen Síndrome de Down, los niños autistas y las personas portadoras de VIH, los comedores y lavanderías parroquiales, los cursos de idiomas y de computación que se ofrecen a tanta gente, los talleres sobre persona y sexualidad dirigidos a adolescentes y jóvenes, entre otros. La Pastoral Penitenciaria que se inició tímidamente por parte de la Iglesia en Cuba hace unos veinte años, se descubre hoy con nuevas posibilidades y con una inalterable dedicación a los presos y a sus familiares. En situaciones de catástrofes nacionales como ha sido el paso de un huracán por alguna región de la Isla, la Iglesia ha podido manifestar también, en colaboración con otras instituciones estatales, su irrenunciable vocación de servicio a todos los cubanos sin distinción. El desafío aquí iría más bien en la línea de integrar a los más jóvenes de nuestras comunidades, incluyendo los niños y los adolescentes, en todo el amplio mundo de la caridad, para que el caudal de amor que la Iglesia en Cuba ofrece al pueblo, tenga continuidad y competencia en el futuro. Esto supone asimismo formar a los voluntarios de Cáritas y a los responsables de los distintos servicios, de manera que lo que hagan no sea filantropía sino expresión de la Caridad del Señor por todos los hombres.

13.- Sin mirar a épocas remotas, sino fijándonos en varias décadas del pasado siglo precedentes al Vaticano II, en Cuba Evangelización se identificaba por muchos como sinónimo de administrar sacramentos. Hoy subrayamos que todo lo que la Iglesia es y hace es Misión y que ello supone poner a disposición de quien lo desee el tesoro sacramental que Cristo entregó a su Iglesia, pero sin prisas cuando todavía no hay una fe aceptablemente madura e informada. Sentado esto, quiero llamar la atención sobre el hecho de que, en los últimos años, el término misión se ha referido entre nosotros a dos realidades preferentemente. Hablamos de las Casas de Misión y de los misioneros. Las Casas de Misión han surgido en los lugares donde, por diversos motivos, no se ha podido construir un templo o dicho templo, si existe, está cerrado o dedicado a otras actividades. En pequeños caseríos, poblados rurales o zonas urbanas alejadas del templo parroquial, se reúnen los cristianos a leer la Biblia y compartir lo que la Palabra suscita en sus vidas, orar juntos, dar catequesis, celebrar en alguna ocasión los Sacramentos. Estas experiencias han sido animadas por laicos comprometidos y por religiosas en la mayoría de los casos. Si bien es cierto que la aparición de las Casas de Misión ha sido un modo de presencia nuevo de la Iglesia en lugares donde no estaba, también es verdad que la mayoría de nuestras Casas de Misión están formadas por niños y por mujeres, casi todas ancianas. El desafío en estos ámbitos seguirá siendo cómo llegar a los jóvenes y a los varones. Se me ocurre que deberíamos organizar una pastoral misionera más creativa que tuviera en cuenta las diversidades de intereses, de grupos, de profesiones, de edades e incluso de sexo. Reconozco igualmente que, de momento, nos falta mucha gente formada y capacitada para hacer esto. Sé también que se llevan a cabo escuelas de formación de misioneros y hemos constatado sus frutos. Otro desafío en la línea misionera tiene que ver con la siguiente realidad: la costumbre de las familias de bautizar a sus hijos en las primeras edades se ha ido recuperando desde la década de los 90' del siglo pasado, pero poquísimos de esos niños van luego al catecismo cuando les corresponde. Se constata, de hecho, que la mayoría de los padres de esos bautizados no saben qué es la Primera Comunión. Por tanto, urge una pastoral post-bautismal, dirigida a las familias de los bautizados para que el Sacramento recibido genere un camino de verdadera conversión y de encuentro con la persona de Jesús.

14.- En algunos ámbitos eclesiales cubanos se escucha hoy llamar misioneros casi únicamente a los responsables o animadores de las Casas de Misión y a aquellos que salen a recorrer pueblos o ciudades, y tocan puerta a puerta las casas de la gente, y les anuncian a Jesucristo y los invitan para alguna celebración litúrgica, festiva, musical o deportiva, vinculada a la Iglesia más cercana. También con este sustantivo se identifica a los que integran el movimiento de la Infancia Misionera, ya presente en todas las diócesis del país, y que muestra resultados hermosos y duraderos de un trabajo de evangelización llevado a cabo por y para los niños. Todo esto es significativo y hay que potenciarlo, apoyarlo y hacerlo crecer, pero todavía nos queda como gran desafío hacer comprender a muchos bautizados que, por el mismo hecho del Bautismo, todos somos misioneros y así hemos vivir y manifestar nuestro cristianismo en el diario existir. En esta misma línea misionera coloco las experiencias positivas de diálogo que vienen desarrollando algunas diócesis con científicos, personalidades del mundo de las artes, historiadores, profesores universitarios, profesionales del sector educativo y de la sanidad, lo que nos desafía a procurar que se extiendan a todas las diócesis del país y otros ámbitos de la vida social.

15.- Quedaría significativamente incompleto lo que he intentado compartirles si en esta mirada no hiciera mención de los campos educativo y de los medios masivos de comunicación social. En ambos la Iglesia en Cuba desea una presencia real de servicio a toda la sociedad, pero esto desde hace casi medio siglo no ha sido permitido. Constituye un vivo deseo, al tiempo que un derecho, la participación de la Iglesia en la educación de las jóvenes generaciones para coadyuvar a aportarles los más altos valores del ser humano y el sentido de lo trascendente. Esta aspiración la sentimos permanentemente latente y nos desafía a seguir laborando para hacerla realidad, como igualmente nos apremia lograr la posibilidad de un uso más amplio y habitual de los Medios de Comunicación Social (MCS), tanto para la evangelización explícita como para poner al alcance de todos el pensamiento y la sabiduría milenarias de la Iglesia en todo lo que a Humanidad se refiere.

Conclusiones.

16.- En realidad, el gran desafío de la Iglesia, que incluye a todos los demás desafíos, es la Evangelización. Evangelizar supone tres elementos. Por una parte, el Evangelio, esto es, Jesucristo, Su Mensaje, Su Gracia, la Buena Noticia que Él constituye para todo ser humano. Supone también el evangelizador, que en este caso es la Iglesia en Cuba. Y en el otro polo está el destinatario de la Evangelización, el hombre y la mujer de hoy, que en su libertad pueden rechazar, acoger a medias o entregarse plenamente al Señor Jesús. En la concreción de nuestra realidad y desde un punto de vista meramente humano, evangelizadores y destinatarios coinciden: el cubano y la cubana de hoy, herederos de una historia que los condiciona y los sitúa de un modo único en el mundo. A propósito de esto, me viene a la mente la frase simpática y lúcida con la que un misionero italiano de una zona rural intrincada de Cuba me describió su quehacer entre nosotros. Yo le había preguntado: "Padre, ¿cómo le va en la siembra del Evangelio por aquellas tierras?". El padre me respondió: "¿Sembrando? ¡Qué va, yo estoy desyerbando!". Aquel santo misionero expresaba gráficamente que primero tenía que quitar las malas yerbas. Y continuando con su metáfora, podemos imaginar que luego vendría el proceso de arar el terreno y prepararlo bien, cosas que en Cuba se hacen fundamentalmente con una yunta de bueyes. Sólo entonces se podría comenzar a sembrar. Creo sinceramente que estas imágenes expresan bien toda la fatiga de nuestra Iglesia Católica en Cuba.

17.- A mis directores espirituales y formadores del Seminario les escuché con frecuencia que para que se diera un cristiano era necesario primero un hombre. Sin la base humana, sin los valores humanos, sin apreciar y vivir todo lo hermoso de la humanidad es imposible que se asuman los valores y las actitudes evangélicas. Este paso previo, no en el orden temporal, pero sí ontológico, hay que tenerlo muy en cuenta para poder evangelizar. Evangelizar tiene que ser para nosotros, también, humanizar.

18.- Sin obviar los valores humanos y espirituales que tenemos como pueblo, no es menos cierto que el daño antropológico sufrido por los cubanos y las cubanas de las últimas generaciones es muy grande. Y ese daño yo lo situaría, sobre todo, en la capacidad para distinguir, asumir y testimoniar la Verdad. Soy consciente de que nunca antes en la historia se ha sospechado tanto del término Verdad. Hoy está de moda afirmar y defender la verdad propia, personal de cada uno y distinta de la de los demás: los antiguos griegos llamaban a eso opinión. Sin entrar en disquisiciones filosóficas y teológicas de altos vuelos, creo que todo el mundo puede concordar en estas dos constataciones: cuando alguien nos dice algo, queremos que haya coincidencia entre lo dicho y la realidad; cuando alguien nos vende un producto pretendemos que el precio que pagamos por él se ajuste al valor y a la calidad de lo comprado. Bástenos pues estos ejemplos sencillísimos de la vida cotidiana para confirmarnos que, en lo más profundo de nosotros, nadie quiere ser engañado. Así se revela la aspiración de todo ser humano a la Verdad. En Cuba, por razones que se salen del marco de esta presentación, se ha hecho bastante extendido un modo de vivir y de decir en el que la Verdad queda silenciada o dicha a medias, cuando no adulterada, camuflada o abiertamente se presenta como verdad su contrario. Tener esto en cuenta es necesario porque el cristianismo tiene una pretensión, que brota de las palabras de Su Fundador: "Yo Soy el Camino, y la Verdad, y la Vida." (Jn 12, 24) Y en otra parte del Evangelio señala Jesús: "Conocerán la Verdad y la Verdad los hará libres" (Jn 8, 32). No hay verdadera libertad sin Verdad. La Verdad que es Cristo no se impone, se ofrece; no mata a nadie, se deja matar; no excluye a nadie, abre los brazos en una Cruz para acoger a todos. La Verdad de Cristo es Su Amor. Sólo el Amor es Liberador. Evangelizar es, por tanto, un acto gigantesco de Amor. Ese Amor por Cuba palpita en el corazón de su Iglesia.

19.- Cuando ya me dispongo a terminar estas líneas, releo el texto y me vuelvo a asustar. El campo de trabajo de nuestra pequeña Iglesia se revela un océano inmenso y con frecuencia tempestuoso. Pero hoy es 8 de septiembre, día de la Virgen de la Caridad, la Patrona de Cuba. Y entonces me acuerdo que hace casi 400 años llegó la imagen pequeñita de la Virgen a nuestras costas, flotando en una tabla sobre las olas del mar. Y desde entonces esa Virgen morena ha estado con nosotros y seguirá estando, reuniendo a su pueblo, reconciliando, liberándonos, entregándonos continuamente a Jesús. Y cuando, ante los desafíos citados y los que vendrán, experimentemos la desproporción de nuestros límites, nos acordaremos de su cántico: "Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque Dios ha mirado la pequeñez de su servidora" (Lc 1, 47-48). Y nos repetiremos parafraseando a Pablo: "¿No ha elegido Dios lo pequeño, lo débil del mundo, lo que no cuenta... para humillar a lo que presume de grandeza?" (cf. 1 Cor 1, 27-28). Esta Iglesia Cubana, en la fe y en la esperanza, mira confiada a Su Señor. Y en el presente y el futuro de nuestro pueblo, con luces y sombras, seguirá sirviendo, seguirá amando, seguirá trabajando. A veces con llanto, a veces sonriendo. Pero siempre cantando, como María, las grandezas del Señor.

Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original